

Pablo SANDOVAL y José Carlos AGÜERO. «*Aprendiendo a vivir se va la vida*». *Conversaciones con Carlos Iván Degregori*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2015. 287 pp. ISBN: 978-9972-51-519-4.

Cuatro años después de su muerte, el Instituto de Estudios Peruanos (IEP), al ali-
món de la publicación de sus obras completas en catorce tomos, saca a la luz el pen-
samiento destilado de quien fue su director e investigador durante tres décadas. El
libro se convierte, por consiguiente, en una suerte de testamento intelectual de Carlos
Iván Degregori (Lima, 1945-2011), puesto que se configura con las conversaciones que
mantuvo en los meses anteriores a su fallecimiento, ya gravemente enfermo, con dos de
los investigadores que colaboraron con él en la Comisión de la Verdad y Reconciliación
(CVR). Degregori ha sido uno de los intelectuales más prestigiosos e influyentes del Perú
contemporáneo, que ha dejado su impronta en la militancia política, la crónica perio-
dística, la docencia y la investigación en Huamanga, San Marcos y el propio IEP, en fin,
su trabajo decisivo en la CVR. Si la vida política peruana en el último tercio del siglo XX
fue una de las más intensas del panorama latinoamericano, la de quien fuera intérprete
«fronterizo», como él mismo se definió (p. 132), de esos sucesos no podía ser menos.

Hablar de la mayor o menor intensidad de la vida política de un país no deja de ser
una figura retórica en el relato de un determinado acontecer. Pero, entre 1968 y 2000,
el Perú, que al inicio de ese periodo ya contaba con una formación política muy sólida
(el Partido Aprista Peruano) que nunca había llegado al poder desde su creación en la
década de 1920, pasaba por un régimen militar que no seguía los lineamientos de otros
que se daban en la época en la mayoría de los países latinoamericanos; el país era prime-
rizo en la ola de transiciones a la democracia en 1978-1980; daba acogida a la izquierda
que mayor apoyo electoral tenía en la década de 1980 en toda América Latina; cuando
parecía periclitada en otros países veía surgir una amenaza terrorista de dimensiones
enormes en 1980 que se extendería hasta bien entrada la década siguiente; llegaba al
poder en 1990 un *outsider* que introducía el neoliberalismo en el Perú junto con la
corrupción sistémica y derivaba al régimen político hacia presupuestos autoritarios, lo
que conllevaría una segunda transición en 2000-2001.

Este es el periodo en que por razones generacionales obvias Degregori desarrolla
su andadura vital siempre ligada al mundo universitario y, en su seno, al campo de la
antropología, al que se van adhiriendo los adjetivos de social y de política. Un ámbito
del saber que «se basa en la disciplina intelectual y en la disposición política para pensar
la sociedad» (p. 173), aunque al final de su vida está desencantado siendo consciente
de que cuando intenta pensar al país lo hace con ingenuidad (p. 191). Se trata de una
vida, además, engarzada con el activismo político, no dejando de ser esta situación sino

un lugar común del momento. Degregori es «uno más» no solo del Perú, sino de toda América Latina. Representa a una generación «que hizo el esfuerzo de desclasarse» (p. 224). Promotor de un activismo que él define como de «traductor cultural» y de una militancia a través de la cual conoció a su país. Un «intelectual orgánico» (p. 197) lleno de contradicciones como la que le lleva más adelante a decir que no se «concebía como intelectual orgánico atado a un partido» (p. 142). Alguien que, como la propia izquierda, descubrirá «en carne propia el valor de los derechos humanos, del individuo» (p. 105) a los que se dedicará fervorosamente en la CVR.

Realizar un ejercicio de memoria al final de una vida, y este libro quiere hacerlo, llevado a cabo bajo el patrón de una larga entrevista que se extiende durante varias jornadas, es una tarea compleja. Se subrayan pasajes de la existencia del autor en detrimento de otros que se oscurecen; se enfatizan posiciones teóricas que quizá en su momento fueron desapercibidas; se construye un relato que, aunque no siempre es heroico, tiende a sobrevalorar acciones, puntos de vista o incluso silencios; se ajustan cuentas con colegas que reciben una severa crítica y, del otro lado, se loa y reconoce el trabajo de otros. Degregori va desgranando, en lo que él mismo define como «prólogos orales» a su obra, una serie de temas que van desde su propia trayectoria «arguediana», su militancia política, su carrera como investigador, sus posiciones explicativas del acontecer peruano, su denuncia al deterioro de la enseñanza pública en el país, su velada homosexualidad. Y llega al final a establecer perentoriamente lo que considera como objetivo de indudable persistencia de toda vida: la ecología, los derechos humanos, la diversidad, la equidad. «Todo esto aunado con goce, que no es solo tolerancia» (p. 226).

Degregori se autocalifica como alguien que «por aspecto [soy] un blanco y por opción un cholo blanco... me identifico con la figura de Arguedas» (p. 28), pero a la vez es cosmopolita con estancias en Estados Unidos y viajes a Alemania y a Holanda donde realiza su doctorado. Como buen representante de su generación, y siguiendo la senda de tantos otros como Vallejo o Vargas Llosa, concibe a Francia en tanto la «meta, como para todos los intelectuales de la época» (p. 50). Su permanente contradicción, que es fácilmente perceptible en numerosos pasajes, como su paso de la Universidad Católica a la de San Marcos; su desapego de Lima, que «era impura» siendo «la provincia la transparencia» (p. 53) y su especial sentimiento por el amado Ayacucho, cuna familiar, se instala constantemente en el texto como un eje discursivo de petición de cuentas por la brutal desigualdad que supone. Una realidad que acrecienta «la brecha educativa que va a ser casi insalvable» (p. 200).

Degregori reconoce que para comunicarse con los estudiantes, a quienes quería integrar a la ciudad letrada como ejercicio supremo, asumía que «no había otra forma que hacerlo a través del marxismo-leninismo» (p. 55) y que, como sus compañeros, quería «ser el hombre nuevo del que hablaba el Che» y entendía a «Cuba como viejo amigo de ruta» (p. 96). En medio de todo ello, la sensibilidad del joven, que admite vergonzosamente haber escrito poemas (p. 78), se autodefine admirador de Vallejo y también de Mariátegui (p. 100). Hay una evidencia explícita de su especial sensibilidad en el reconocimiento de que la militancia tenía como finalidad «que me quieran mis amigos» (p. 94), así como en asumir a «mis muertos [que] son todos aquellos por los que opté

sentimentalmente y con los que me sentía cercano. Eran las víctimas del desprecio en este país que sufrió tanta violencia de todos lados» (p. 15).

El libro recuerda una época del desarrollo de las ciencias sociales extensible a toda América Latina como fueron los años comprendidos entre 1965 y 1985, mediante el repaso al papel del desarrollismo y de la dependencia. La búsqueda de paradigmas capaces de entender la incapacidad de construir un Estado, de modernizar una sociedad y del progreso económico con pautas de un mínimo de distribución. Un reto que en el Perú se hacía más agudo debido al carácter rural de su sociedad, a la elevada presencia indígena y a la incapacidad de las elites, todavía hoy, que «no estuvieron dispuestas a reconocer que somos un país donde el racismo, y no solo la desigualdad, juega un papel» (p. 189). Un escenario que se diluirá por el «desborde popular», en términos del admirado Matos Mar, que seguirá a la reforma agraria y a las políticas industrializadoras del velasquismo. Los acontecimientos que se sucederán con los grandes paros nacionales de la segunda mitad de la década de 1970 le llevarán a formular la confesión de haber tenido el Perú «una izquierda muy radicalizada para el promedio latinoamericano... [y el reconocimiento de que] después de Sendero Luminoso no podíamos replegarnos en una figura como Lula» (p. 103). Un fenómeno terrorista que se entendía por encima de cualquier otra interpretación «como ambiente educativo» (p. 147) y para cuya comprensión había que «desencializar a los “indios” para desencializar a Sendero» (p. 155) y humanizar a los terrucos de base. Un paroxismo del marxismo leninismo enclaustrado en los Andes que reproducía clichés limeños ahora exacerbados por el furor revolucionario.

Frente a una visión de la ciencia política en el Perú poseedora de «un estilo algo conservador, premeditadamente despolitizado» (p. 194), resulta coherente la denuncia de una disciplina que, según Degregori, «escribe[n] sobre las cosas más aburridas: saber qué pasa en el parlamento, la crisis de los partidos... enfoques sin corazón, sin alma, de pecho frío» (p. 199) y, consecuentemente, es también coherente su defensa de la micropolítica de la que fue un adalid adscribiéndose «felizmente a la generación de la duda sobre la verdad positivista» (p. 225). Pero, sobre todo, en sus testimonios se alza la palabra de alguien que no quería ser minoría étnica, fuera cual fuera el factor definidor, sino «parte de esta diversidad» (p. 161) que es el Perú. Un intelectual sabedor de los límites de la modernidad entendida como consumo, así como capaz de poner por escrito las ideas, abordando el mal como asunto filosófico; que, al final de sus días, tuvo el coraje de sostener su alejamiento de cualquier lectura optimista de lo «popular» (p. 193); que sirvió a la Academia desde posiciones críticas, que le llevaron a denunciar a los «docentes mediocres y corruptos que ven pasar cada día» (p. 172); y que comprometió su quehacer con la imprescindible y modélica CVR en cuya tarea quizá dejó su vida.

Manuel ALCÁNTARA SÁEZ
Universidad de Salamanca